



HAL
open science

Viaje, exilio y migración: hacia una definición de los términos

Cécile Quintana

► **To cite this version:**

Cécile Quintana. Viaje, exilio y migración: hacia una definición de los términos. Cécile Quintana, Teresa Quesada. Viaje, exilio y migración. Miradas desde la literatura, la cultura y las ciencias sociales, Universidad del Norte Barranquilla, pp. 17-24, 2018, 978-958-789-029-7. hal-03686749

HAL Id: hal-03686749

<https://hal.science/hal-03686749>

Submitted on 2 Jun 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Viaje, exilio y migración: hacia una definición de los términos

Cécile Quintana

Universidad de Poitiers (Francia)

APROXIMACIONES A/Y PROXIMIDAD DE LOS TÉRMINOS

Si tentativamente definimos el viaje en función del vínculo que teje con las demás nociones del título de esta obra, *Viaje, exilio y migración: una mirada desde la literatura, la cultura y las ciencias sociales*, lo consideraremos como una de las modalidades del exilio y las migraciones. Desde este punto de vista, implica un desplazamiento físico dentro de un territorio o varios. Si analizamos ahora el concepto por separado, el viaje representa también la posibilidad de recorrer un espacio imaginario donde precisamente no existen fronteras. En este caso, la misma literatura puede convertirse en la modalidad del viaje; en efecto, uno puede “viajar leyendo”. De ninguna manera, uno puede migrar leyendo.

Lo que puede deducirse de estas observaciones liminares es que el viaje es una palabra polisémica que nos proyecta más allá de la literalidad. Es una noción más abierta y metafórica que las demás, ya que hablar de migración supone necesariamente evocar la movilidad del cuerpo; para aludir a realidades más etéreas, se hablará, en cambio, de transmigración, como la de las almas.

El exilio y la migración, mediante el desplazamiento del cuerpo, generan la pérdida del lugar de origen, más que el alejamiento, ya que implican un desarraigamiento duradero, que puede significar un *des-*

-garramiento. Lo cual no es el caso del viaje: un viaje puede durar unos días, incluso unas horas.

Otra diferencia entre el viaje y el exilio, o migración, es la causa del desplazamiento: el exiliado o migrante ha cruzado una o varias fronteras en general por imposición o necesidad, mientras que el viajero, si bien puede desplazarse por obligación (se habla de un viaje por negocio o trabajo), también puede hacerlo por gusto o por ocio, y en estas circunstancias hoy día se hablará más de turista que de viajero. Además, un viajero puede viajar dentro de su propio país, no lo define tener que cruzar fronteras nacionales, mientras que difícilmente concebimos que uno pueda exiliarse dentro de su país, aunque “desplazados” sí los hay y los hubo, como en Colombia, para retomar la terminología usada por el escritor y sociólogo colombiano Alfredo Molano en su numerosa producción e investigación dedicada a este tema. En *Desterrados: crónicas del desarraigo*, de 2001, recopila los testimonios de gente desplazada que ha huido del terror. Otro ejemplo de este tipo de desplazamiento *interior* lo observamos con los mexicanos que en 1848, después de la anexión por los Estados Unidos de los territorios mexicanos del sur, se sintieron extranjeros en su propia tierra, de la noche a la mañana. En efecto, con la aplicación del Tratado de Guadalupe Hidalgo, los que siempre habían vivido como mexicanos en sus tierras fueron considerados poco a poco como migrantes. Hoy, treinta millones de personas con origen mexicano viven en los Estados Unidos, llámense mexicanos, *mexicans*, *mexican americans*, chicanos, *indian mexican americans*. Radican, básicamente, en el suroeste del país y en las grandes ciudades del medioeste: la mitad son americanos, la otra mitad son inmigrantes dentro de los cuales encontramos a ocho o diez millones de indocumentados, de este modo son los indígenas una minoría doblemente discriminada dentro de este grupo.

Para insistir en este sentimiento de “sentirse desplazado”, extraño o extranjero en su propio país, evocaré la noción de *insilio*, tal como la usan algunos escritores desde una perspectiva más bien metafórica. El escritor venezolano Israel Centeno lo define como ese “irse hacia adentro” que tiene que ver con la experimentación de un sentimiento profundo de desencanto y melancolía en una ciudad como Caracas, clausurada sobre sí misma. Declara: “Cuando no tienes para donde ir, te insilias” (Balmaceda 22).

A pesar de las diferencias que hemos subrayado entre el migrante, el exiliado o el viajero, hay un punto común: antes de salir de su lugar de origen, tienen una meta. Conciben un lugar de llegada, aunque los medios para llegar a dicho lugar sean inseguros y cambiantes, sobre todo para el migrante. Faret caracteriza este espacio del desplazamiento como un espacio *reticular*: “Para el migrante, el espacio del desplazamiento muy pocas veces es un espacio sencillo. Hecho de lugares de implantación, de nudos de redifusión y recorridos que articulan lo local y lo internacional, muchas veces es un espacio reticular” (178).

Desde la perspectiva distanciada del lugar de la llegada es desde donde uno es considerado como migrante o exiliado (uno ha llegado “a” porque viene “desde”). La diferencia con el viajero es que él, cuando sale, tiene concientizada su vuelta a corto o medio plazo; de hecho, su estatus de viajero se construye y justifica en aquel intersticio definido entre una ida y una vuelta. Sabe que reintegrará el lugar de origen, mientras que el exiliado vive su salida como una condena y su vuelta —que no depende solo de él— como una justa reparación. Pero ¿qué pasa con los que nunca llegan a ningún sitio? De las nociones de *viaje*, *exilio* y *migraciones*, pasaríamos a la de *errancia*. Errar sería una mo-

-dalidad particular del viaje que hiciera del mismo movimiento y desplazamiento incesante una finalidad, sin la posibilidad de alcanzar y, tal vez, ni siquiera de identificar un posible lugar de llegada o afincamiento. Este tipo de movilidad insegura e intranquila que es la errancia supone un *no llegar nunca* que puede traducirse por un sentimiento interiorizado de *no estar en ningún lugar*, de no estar en *su* lugar. Esta manera de definir la errancia como un sentimiento de desubicación —más que de desterritorialización— lo expresan con dolor y dignidad la voz silenciada de los testigos entrevistados por Molano:

Yo aquí en Bogotá no me hallaba. A uno, acostumbrado al campo y a las gallinas, le queda muy verraco acostumbrarse a vivir arrejuntado en una pieza con otros. Por más pobres que fueran los barrios de Apartadó, no había ni tanta basura, ni tanta mugre, ni tanta hediondez en cada esquina.

Por ejemplo, yo me puse a vender arepas cerca de una escuela... Un día, unas muchachas de colegio, propias de aquí, miraron el puesto y nos dijeron:

—Esto se nos está volviendo un barrio de desplazados.

Cuando las escuché me dieron ganas de decirles cómo es mi tierra y contarles las razones de nuestro destierro, los crímenes que se han cometido contra nosotros. Pero me tocó quedarme callada, mientras me tragaba entero el orgullo. (155- 156)

Molano se ha interesado también en la condición de los migrantes mexicanos en su libro *Espaldas mojadas*, editado por Panamericana en 2005. Podríamos considerar que los mexicanos instalados en los Estados Unidos y que vuelven continuamente a su país —algunos cruzan a diario la frontera y se habla de transmigrantes— se definen

también como unos sujetos errantes, nómadas, en un permanente ir y venir a su país. Así lo comenta Martínez: “El migrante que ha triunfado es aquel que va y viene entre los dos países. La mejor solución es la de permanecer en la carretera, desplazarse sin cesar” (20).

EL VIAJE COMO MEDIO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DE AMÉRICA LATINA

Si bien hemos hablado desde el principio de emigración, de un “salir hacia fuera”, o de su país o de su región, de la periferia hacia el centro, cabe subrayar que América Latina, como realidad mestiza y pluriétnica, se construyó como una tierra de inmigración a lo largo de su historia, de modo que la misma llegada de los españoles fue la primera ola de inmigrantes que el gran pensador de *Nuestra América*, José Martí, a finales del siglo XIX, describe como una mancha de sangre original: “Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América?” (26). En el siglo XIX, las grandes fases de la industrialización nacional se hicieron con la mano de obra venida desde Asia: llegaron masivamente los chinos a México o los japoneses a Brasil a principios del siglo XX. Argentina promovió la llegada regeneradora de los italianos. Todos conocemos estas páginas de la historia en ocasiones muy sombrías. Me gustaría mencionar otro caso muy curioso y poco conocido de la emigración europea hacia América Latina: el de los italianos que llegaron a México a finales del siglo XIX desde su región de Véneto, y que hasta la fecha no se han integrado completamente a la sociedad mexicana. Viven en un enclave geográfico, cultural y social, cerca de Puebla, con su propio idioma (el chipilo), sus prácticas, sus actividades comerciales y sus hábitos.

Volvamos a la impostura del Descubrimiento de América. Viajando es como los occidentales descubrieron o más bien inventaron América, para retomar el concepto del historiador mexicano Edmundo O’Gorman expuesto en su libro *La invención de América*, de 1958. En efecto, viajar y más precisamente contar el viaje ha forjado el concepto de América Latina. América se convirtió desde el principio en la textualidad de las crónicas, por eso cabe interesarse en esta dimensión del viaje como relato y ya no solo como desplazamiento. Cristóbal Colón, Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de las Casas y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca nos entregan los primeros relatos de viaje sobre América. Más adelante, el siglo XVIII se convierte en el gran siglo de los relatos de viaje, no solo en América, con los libros muy documentados de Alexander von Humboldt, sino en el mundo. En el siglo XVIII, es cuando precisamente se van asentando las diferencias genéricas entre el relato de viaje y la relación de viaje. Después de varios tanteos por aclarar las particularidades de cada género, el relato quedó definido por su objetividad, erudición y atisbos de positivismo, propios de los relatos científicos o diplomáticos, cuando la relación fue considerada como más subjetiva, volcada hacia la experiencia propia del viajero, con largas digresiones para dar cuenta de sus aventuras y observaciones. Si bien el concepto de América cuaja primero en la mirada del explorador o del viajero extranjero, las figuras interpretativas locales toman el relevo en el siglo XIX. Mentemos de nuevo al gran maestro Martí: es viajando por México, Guatemala y Venezuela como la mirada fecunda del poeta y ensayista irá definiendo en *Nuestra América* una visión propia del ser americano. El Che Guevara, un siglo más tarde, y antes de emprender el camino de la revolución, hará lo mismo. En estas dos almas revolucionarias, el viaje con su función de aprendizaje será la manera de unir un destino personal a la grandeza de un destino colectivo.

En el siglo XIX, algunas mujeres escritoras latinoamericanas, cabe subrayarlo, empezarán también a viajar por América y Europa para iniciar el camino de su emancipación y agudizar la visión crítica que tenían de su propio país. Es el caso de las peruanas Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera o la menos conocida chilena Teresa Wilms Montt, representativas de esta generación de escritoras viajeras decimonónicas.

CONCLUSIÓN: EL VIAJE DE NUESTRA VIDA, “UN PEDAZO DE LUZ”

Así, bajo el enfoque de la revolución o de la emancipación, el viaje aparece como aquel camino sugerido por Antonio Machado, en el que se cifra una metáfora de la misma vida: “caminante no hay camino, / se hace camino al andar..., / al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”. La vida es un viaje iniciático en el que se cruzan los planos de la realidad y de nuestro imaginario. Cuando el lector abre aquella novela parteaguas de Louis-Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*, sabe que no va a leer un viaje realista, sino un viaje imaginario, espiritual y onírico que propone una metáfora de la propia vida: “La vie c’est ça, un bout de lumière qui finit dans la nuit” (La vida es eso, un pedazo de luz que termina en la noche) (340) puntualiza Bardamu al final de uno de sus deslumbrantes monólogos. Seamos héroes o no, Bardamu o Robinson, en búsqueda de un improbable e ilusorio Santo grial, nos toca caminar, o sea, vivir, para algunos incluso sobrevivir, migrando, exiliándose, cruzando de buenas o a regañadientes fronteras físicas o imaginarias. Desde este punto de vista, la estructura del viaje, el relato y la vida, sería la misma: salir de casa, desplazarse, avanzar, logrando o no la meta definida, después de pasar por una serie de pruebas, aventuras o desdichas, pero con la esperanza, al fin, de haber hecho, encontrado, aprendido o salvado algo.

OBRAS CITADAS

Balmaceda, Paz. *Fet a América: La novela latinoamericana contemporánea según 18 autores*. México: La Cifra Editorial, 2013.

Céline, Louis-Ferdinand. *Voyage au bout de la nuit*. París: Gallimard, 1932.

Faret, Laurent. “L’espace des Mexicains aux Etats-Unis: formes et dynamique d’un champ migratoire transnational”. *Le Mexique face aux Etats-Unis: Stratégies et changements dans le cadre de l’ALENA*. Coord. Martine Dauzier. París: L’Harmattan, 2004. 160-184.

Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Madrid: Cátedra, 2006.

Martí, José. *Nuestra América*. Caracas: Ayacucho, 1977.

Martínez, Rubén. *La frontera: la odisea de una familia mexicana*. París: Albin Michel, 2004.

Meunier, Philippe y Jacques Soubeyroux, eds. “Le voyage dans le monde ibérique et ibero-américain”. Actes du XXIXe Congrès de la Société des Hispanistes Français, Cahiers du GRIAS, Saint-Etienne. 19 mar. 1999. Ponencia.

Molano, Alfredo. *Desterrados: crónicas del desarraigo*. Bogotá: Alfaguara, 2005.

O’Gorman, Edmundo. *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.